

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA



LA CURACIÓN ESTÁ A TU ALCANCE

Dios lo ha prometido

TODO ES POSIBLE

Ana es prueba viviente de ello

UNA TABLA DE SALVACIÓN

La impresionante historia de
una sobreviviente del sida

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: **www.conectate.org**

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
+44 (0) 845 838 1384



¿Qué tienen en común el célebre salmista bíblico, David, y el ciclista Lance Armstrong, triunfador en siete ocasiones del Tour de Francia? Más de lo que te imaginas. Enseguida me explico.

Poco después que acepté a Jesús en mi corazón y empecé a leer la Biblia, un amigo me preguntó: «¿Has notado alguna vez que el libro de los Salmos es ante todo un compendio de alabanzas? El rey David principia salmo tras salmo desahogando con Dios sus cuitas y sus lamentos, bien numerosos, por cierto. Sin embargo, una vez terminadas estas lúgubres introducciones, David hace memoria del amor, el poder y la bondad de Dios, y profundiza en ellos. Al finalizar el salmo, ya no se lamenta de su suerte; más bien se deshace en alabanzas a Dios por la victoria que se avista en el horizonte. Rara vez el salmo expone qué milagro obró Dios para sacar a David del trance por el que pasaba; pero no queda duda de ello, pues sabemos que ninguna de esas desdichas ocasionaron su ruina, por mucho que él se lo temía».

Pero volvamos a la pregunta inicial: ¿Qué tiene que ver todo esto con Lance Armstrong? Que él hizo un descubrimiento parecido al de David. Él mismo lo explicó: «Sin fe nos veríamos cada día sin excepción abrumados por la fatalidad. Nos derrotaría sin piedad. Hasta que tuve cáncer no tomé plena conciencia de la intensidad con que luchamos todos los días contra las fuerzas negativas que acechan en el mundo, de cómo combatimos diariamente contra los tenaces embates del cinismo. El abatimiento y la decepción son los verdaderos peligros de la vida, no una enfermedad repentina o una hecatombe que desencadene el fin del mundo. Comprendí [entonces] por qué la gente teme el cáncer: es una muerte lenta, inevitable, la esencia del cinismo y el desaliento. Por eso creí».

Si te sobrevienen reveses aparentemente insuperables, cobra ánimo. Al igual que Lance Armstrong, cuyas victorias en el Tour de Francia se produjeron después de su lucha contra el cáncer, es posible que Dios te esté preparando para mayores y mejores lides, probablemente no en el ámbito ciclistico, pero sí en alguna empresa personal en la que triunfarás con la ayuda de lo alto.

Gabriel, en nombre de *Conéctate*

AÑO 7, NÚMERO 6 **Junio de 2006**
DIRECTOR **Gabriel Sarmiento**
DISEÑO **Giselle LeFavre**
ILUSTRACIONES **Doug Calder**
PRODUCCIÓN **Francisco López**

© Aurora Production AG, 2006. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwan.

A manera de que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

MICHAEL NEWCASTLE (INGLATERRA)



UN MILAGRO A LA MEDIDA

HACE MÁS DE 20 AÑOS, poco después de iniciar mi labor voluntaria con La Familia Internacional, un compañero llamado David advirtió que yo llevaba en el pie derecho un zapato ortopédico con tacón extra alto. Me lo habían prescrito para corregir un defecto de mi pierna derecha, que era un centímetro y medio más corta que la izquierda. Para compensar, la columna se me había curvado, de tal manera que las actividades de todos los días me causaban dolores y molestias. Tanto es así que médicamente se me consideraba inválido.

Después de explicarle esto a David, me contó que él también había sufrido del mismo trastorno hasta que un médico cristiano oró por él, y el Señor por milagro hizo que la pierna le creciera en el acto. En ese instante me vino a la memoria un verso de la Biblia: «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8, NVI), y nació en mí la fe en que el Señor también podía obrar un milagro en mi caso.

—Recemos por tu pierna cuando lleguemos a casa —propuso David.

¡Yo me llené de ilusión!

Ya en casa me senté en una silla de respaldo recto y extendí las piernas. David me sostuvo los pies mientras alabábamos al Señor. Luego hizo una oración y pidió que se me alargara la pierna que tenía corta, de forma que las dos quedaran iguales. A los pocos segundos me invadió una sensación de calor y elasticidad en

la pierna corta. Pasmado, observé cómo me crecía. Fue apareciendo piel desnuda entre la vuelta del pantalón y la parte superior del calcetín. La parte en que la piel quedó al descubierto siguió creciendo durante varios segundos hasta que noté que mis talones estaban a la misma altura.

—Quédate quieto —exclamó David—. Estás moviendo los pies.

—No he movido un músculo —le dije.

Cuando me levanté, me dio la impresión de que el suelo se había alzado bajo mi pie derecho. ¡El resto de mi cuerpo no estaba acostumbrado a andar sobre dos piernas de la misma longitud! Miré hacia abajo y me di cuenta de que el pantalón me quedaba corto en la pierna derecha, pues antes del milagro le había subido el dobladillo a esa pierna para que se viera bien. Al mirarme en el espejo noté también que los hombros se me habían nivelado: antes tenía medio caído el derecho. Cuando me puse los zapatos, vi que ya no me servían: con el del pie derecho me daba la impresión de estar pisando un bloque. Me tocó comprar zapatos y pantalones nuevos; pero ¡cómo me iba a quejar! Se me había aliviado el dolor de espalda.

Jesús me sanó instantáneamente, y la curación fue permanente. ¡Él es el mismo ayer, hoy y siempre! ■

MICHAEL NEWCASTLE ES VOLUNTARIO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN INGLATERRA.

HIZO UNA ORACIÓN y pidió que se me alargara la pierna que tenía corta, de forma de las dos quedarán iguales.



La curación está a tu alcance

LOS MILAGROS NO SON COSA DEL AYER. Dios sigue vivo y en perfecto estado, y actúa hoy en día con el mismo poder de siempre entre quienes confían en Él. Sus palabras siguen vigentes: «Yo el Señor no cambio» (Malaquías 3:6). «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8, NVI).

A Él, el Dios de toda la creación, obrar una curación no le supone gran cosa. Si es capaz de crear el cuerpo humano, desde luego es capaz de reparar sus averías. Dice: «Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para Mí?» (Jeremías 32:27).

Esa es apenas una de las múltiples promesas que se hallan esparcidas por la Biblia, promesas que podemos reivindicar y esperar que Él cumpla. Son precisamente esas palabras las que te infundirán fe. La fe viene poco a poco; se edifica oyendo la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Se edifica sobre el cimiento de la Palabra. Por eso, léela con actitud de oración y pide a Dios que fortalezca tu fe.

Dios no sólo es capaz de curarnos, sino que quiere hacerlo. Cuando un pobre leproso se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme», dice la Escritura que Jesús extendió la mano y tocándolo le dijo: «Quiero; sé limpio». Y al instante su lepra desapareció» (Mateo 8:2,3). Él está más deseoso de dar que nosotros de recibir. Lo único que nos pide es que lo honremos con nuestra fe, creyendo en Su Palabra y Sus promesas.

**DIOS NO SÓLO ES
CAPAZ DE CURARNOS,
SINO QUE QUIERE
HACERLO.**

La fuerza de nuestras oraciones

«La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados le serán perdonados» (Santiago 5:15). La oración tiene mucha fuerza. Cuando oramos, se producen cambios. Dios responde a nuestras plegarias. Él promete: «Si algo pidiereis en Mi nombre, Yo lo haré» (Juan 14:14), y: «No negaré ningún bien a los que andan en integridad» (Salmo 84:11). Recuerda que tienes a tu favor todas las promesas de la Biblia, «preciosas y grandísimas promesas» (2 Pedro 1:4.) Por eso, cuando ores, preséntaselas para recordárselas. Así demuestras que tienes fe en ella. Lo que agrada a Dios es la declaración categórica de tu fe y de tu conocimiento de la Palabra.

Él dice: «Probadme ahora [y ved] si no derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). Generalmente no ves la bendición —en este caso, la curación— en el instante en que comienzas a rezar por ella. Cuentas con las promesas de Su Palabra; pero ¿cómo sabes que te la va a conceder? Tienes que poner a Dios a prueba. Tienes que someter esas promesas a prueba. Tienes que poner a Dios en un compromiso. Él hasta llega a decirnos: «Mandadme acerca de la obra de Mis manos» (Isaías 45:11). Hazle cumplir Su Palabra. Exígele que te responda y cuenta con que lo hará. Lo ha prometido. Deposita tu fe en el Señor e invoca pasajes de las Escrituras. Dios está obligado a cumplir Su Palabra. Así que recuérdasela, aférrate a Sus promesas, apréndetelas de memoria y recítalas en todo momento. No dudes ni por un instante que Dios va a responder, y lo hará. ¡Tiene que hacerlo! ¡Quiere hacerlo! ¡Confía en Él!

Jesús dice: «Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). «Esta es la

confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho» (1 Juan 5:14,15). Lo único que tenemos que hacer es creer Sus promesas y orar, contando con que nos responderá.

La «prueba de la fe»

Uno de los factores más importantes para la sanación es la fe, el conocimiento de que Dios nos ama, se preocupa por nuestra salud y felicidad y nos cuidará pase lo que pase. Antes de curarnos, Dios suele poner a prueba nuestra fe: quiere ver si vamos a creer en Sus promesas y seguir amándolo y confiando en Él aunque nos parezca que no nos curaremos nunca. ¿Por qué habría de honrarnos con la sanación si nosotros no lo honramos con nuestra fe?

Las enfermedades crónicas pueden constituir una fuerte prueba. Lamentablemente, a veces nos llevan a resentirnos y quejarnos, y hasta a guardarle rencor a Dios si Él no nos cura como quisiéramos o como consideramos que debería hacerlo. «Él no me quiere, no se preocupa por mí, porque no me sana». Esa reacción denota una falta total de fe, y «sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6).

Dios puede y quiere curarnos, pero primero debemos desear lo que Él quiere y lo que Él sabe que es mejor para nosotros, sin reservas. También debemos rectificar los problemas espirituales o físicos que puedan estar afectando la situación. Luego podemos orar y encomendarnos por completo a Dios, y ¡seguro que obtendremos resultados! ■

«CERTIFICADO DE VIVIENTE»

Estoy aprendiendo muchísimo del grupo de apoyo para personas con VIH/SIDA que hemos formado. Muchos de nosotros tenemos la mar de cosas por las que estar agradecidos y, sin embargo, nos quejamos por incidentes de poca monta que nos suceden. Algunos de los integrantes de nuestro grupo de apoyo consideran que no empezaron a vivir de verdad hasta que averiguaron que eran seropositivos, pues ahora valoran mucho cada día. Algunos dicen: «Fue entonces cuando obtuve mi certificado de viviente».

RACHEL SCOTT,
CONSEJERA DE
PACIENTES DE
SIDA, MIEMBRO
DE LA FAMILIA
INTERNACIONAL EN
SUDÁFRICA.

TODO ES POSIBLE

Paulo y Rosa Rodríguez

ANA TENÍA CASI DOS AÑOS Y OCHO MESES CUANDO NOTAMOS QUE LE RESULTABA DIFÍCIL APOYARSE DE LLENO EN EL PIE IZQUIERDO.

Aunque inicialmente era algo casi imperceptible, empeoraba día a día. Al no lograr diagnosticar la dolencia, el ortopeda y el pediatra solicitaron un TAC.

Los resultados y la prognosis fueron devastadores. Ana tenía tres tumores malignos en el cerebro, meduloblastomas. Se trata de un tipo de cáncer muy agresivo. Ya estaba en su cuarta y última etapa y había afectado la médula de varios huesos del cuerpo. Los médicos nos animaron a afrontar el asunto con valentía, pero a prepararnos también para lo peor, pues ese tipo de cáncer normalmente avanza muy rápido en los niños. Nuestro mundo se cubrió de sombras.

Internaron a Ana para una cirugía de urgencia. Dado el tamaño de uno de los tumores, nos dijeron que podría entrar en coma en cualquier momento. La cirugía duró siete horas y no fue muy exitosa. Solo fue posible extirparle uno de los tumores, el más grande. ¿Cuánto tiempo más la tendríamos con nosotros?

Los médicos recomendaron aplicarle quimioterapia para ralentizar el inevitable crecimiento de los otros dos tumores y darle a Ana más tiempo de vida. Llevamos sus exámenes a otros médicos para

confirmar que la quimioterapia era, en efecto, nuestro único recurso.

Los doce meses siguientes fueron una lucha cotidiana de supervivencia para Ana. La quimioterapia le ocasionaba muchos efectos secundarios y tuvo que someterse a varias intervenciones quirúrgicas más. A la larga, el cáncer aminó su avance y se suspendieron los tratamientos.

Seis meses después, los tumores empezaron a crecer rápidamente otra vez, y le practicaron una nueva operación de emergencia. Cada vez se hacía más difícil controlar el cáncer.

Ante el empeoramiento de su estado y las escasas esperanzas que nos daban los médicos, necesitábamos un milagro divino, una de esas sanaciones providenciales experimentadas por algunas personas cuando la medicina no puede hacer nada más por ellas. «¡Qué increíble sería —nos decíamos— que Dios obrara ese milagro por Ana!» Pese a que llevábamos un año y medio rogando a Dios que la sanara, no nos había respondido. ¿Por qué? ¿En qué estábamos errando? ¿Era vital averiguarlo!

Comenzamos a estudiar la Biblia y algunos libros y grabaciones que nos había dado alguien de La Familia Inter-

ENCOMENDAMOS
NUESTRA
HIJA AL
SEÑOR,
PARA QUE
CUIDARA
DE ELLA
COMO
SOLO
ÉL SABE
HACERLO.

nacional. Cuanto más estudiábamos, más crecía nuestra fe. Habíamos orado, pero no lo habíamos hecho con plenitud de fe, esperando de verdad una respuesta. Ese era el motivo por el que nuestras oraciones habían sido infructuosas. Ambos creíamos en Jesús desde nuestra infancia, pero siempre nos había parecido distante de nuestro mundo actual y sus avatares. Al escudriñar la Palabra de Dios empezamos a entender que Jesús es real y que obra tanto hoy en día como cuando estuvo en la Tierra.

Profundizamos más y encontramos otras promesas: «Para ustedes que temen Mi nombre, se levantará el sol de justicia trayendo en sus rayos salud» (Malaquías 4:2, NVI). «Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible» (Mateo 19:26).

Si Dios era capaz de lograr lo que le estaba vedado a la ciencia médica, ¿cómo podíamos conseguir Su ayuda? Una vez más, hallamos la respuesta en la Palabra: «Si puedes creer, al que cree todo le es posible» (Marcos 9:23). «Cualquiera que dijere a este monte: “Quítate y échate en el mar”, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:23,24).

Memorizamos Sus promesas, nos aferramos a ellas con todas nuestras fuerzas y las invocamos al orar: «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

Encomendamos nuestra hija al Señor, para que cuidara de ella como solo Él sabe hacerlo. Lo conversamos todo con Él. Le pedimos que los tratamientos dieran resultado y le suplicamos orientación para las difíciles decisiones que teníamos que tomar a diario. Pero dejamos el desenlace enteramente en Sus manos.

En cuanto pusimos a Ana en manos

de Jesús y nos sometimos completamente a la voluntad divina, su estado de salud empezó a mejorar. Las secuelas de la última cirugía —infecciones y fiebres— comenzaron a desaparecer. Dios se encargó de todos los detalles de su vida hasta el día en que, cuatro años después, un nuevo escáner indicó que ya no había tumor alguno. ¡El cáncer había desaparecido!

La única explicación que nos dieron los médicos era que «la enfermedad había tenido un comportamiento atípico». Nosotros sabemos que Dios intervino en respuesta a nuestras fervientes oraciones. «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13).

Hoy, seis años después del comienzo de aquella terrible prueba, Ana es una niña bendecida por Dios, feliz, que goza de buena salud y tiene una fe tan grande como el planeta. Aquella fue, sin duda, la época más difícil de nuestra vida; pero nos enseñó que hay un Dios vivo y omnipotente, un Dios para quien no hay imposibilidades, un Dios a la expectativa de obrar en favor de quienes confían en Él e invocan Sus promesas. «Si puedes creer, al que cree todo le es posible» (Marcos 9:23). ■

Paulo y Rosa Rodrigues son suscriptores de Conéctate en Portugal.



Ana con un nuevo peinado, julio de 2005

Una tabla de salvación

DE CÓMO SALLY VENCÍO AL VIH

Iris Richard

«SALLY AGALLO HABÍA LLEGADO al colmo de la desesperación —decía un artículo aparecido en *Drum*, un semanario que se publica en el África Oriental—; de ahí que un buen día tomara un ferry en Mombasa y, una vez mar adentro, se arrojará por la borda».

«Por increíble que parezca —contó Sally a *Drum*—, en lugar de hundirme, me quedé flotando. Escuchaba claramente a la gente que gritaba que alguien se había tirado al mar. Desesperada por hundirme, me esforcé por permanecer debajo del agua. Sin embargo, contra todo pronóstico y pese a que no sé nadar, algo me sostenía. En ese momento Dios me habló y me dijo que tenía otros planes para mí, que no permitiría que me ahogara».

Sally había querido acabar con una vida que se había vuelto insostenible. En cambio, a través del milagroso poder divino, fue transformada en una nueva mujer. Dios tenía otros designios para ella.

Yo había conocido a Sally dos años antes, en 1998, cuando ella trabajaba de secretaria para una compañía aseguradora. Nos hicimos amigas y la visitaba periódicamente en su oficina. De entrada le encantaron las revistas *Conéctate* y los libros de la colección *Activate*. Se suscribió también al programa de lecturas cotidianas que se ofrece en el sitio Web de la revista en inglés. «Los artículos de *Conéctate* siempre me resultan inspiradores», decía. Con todo, no estaba preparada para las tribulaciones que le iban a sobrevenir.

Había perdido su primer nene a los cuatro días de nacido. Poco después, ella y su marido dieron positivo en una prueba de VIH. «No veía otra cosa que la muerte mirándome fijamente a los ojos», me dijo Sally. Cuando vino a mi casa con su esposo para contarnos la triste noticia, mis compañeros y yo oramos con ellos y les aconsejamos que acudieran al Señor y Su Palabra para hallar la fe, el valor y las fuerzas necesarias para sobreponerse a aquellas pruebas.

Durante un tiempo lo hicieron. Pero a la larga Sally contrajo tuberculosis, herpes en los ojos y en la cara y otras dolencias. Perdió mucho peso y se vio obligada a dejar su empleo. Ahí fue cuando trató de quitarse la vida.

Al enterarnos, oramos por ella con más fervor aún, y el Señor nos respondió. Poco antes de su tentativa de suicidio, cayó en una profunda depresión y dejó de leer la Palabra de Dios. Sin embargo, después las Escrituras volvieron a cobrar vida para ella y le infundieron fuerzas y voluntad para recuperarse.

Desde entonces, Jesús ha llevado a Sally a iniciar una labor de aliento a pacientes de SIDA en Nairobi, donde vive actualmente. «Todo lo que aprendí por medio de la Palabra de Dios me ayudó a romper la espiral descendente que me estaba llevando a la muerte —dijo hace poco—. La fe que encontré en las Escrituras cambió mi destino. El Señor me hizo darme cuenta de que podía llevar



Sally (centro) con Iris (dcha.) y Anisa (izqda.)

una vida feliz y llena de sentido a pesar de ser seropositiva, y comprendí que Él podía hacer lo mismo por otras personas, aun por las que han contraído el SIDA».

Orando, leyendo la Palabra, dando apoyo moral a pacientes desesperados y a los moribundos del pabellón de sidosos del Hospital Mbagathi de Nairobi, Sally tuvo un efecto tan trascendental en ellos que una ONG internacional la contrató como asistente social.

Hace poco, cuando se le hizo una nueva prueba del SIDA, no se le detectó la presencia del virus. Puede ser que esté oculto porque ella ha estado tomando antirretrovirales; pero si en el próximo examen, dentro de seis meses, tampoco se lo detectan, podrá dejar de tomar los medicamentos. ¡Se habrá librado de la infección por el VIH! ¡Todavía ocurren milagros!

Cuando Bill Clinton, ex presidente de los Estados Unidos, visitó Nairobi para ofrecer ayudar por medio de su fundación, le pidieron a Sally que hablara en nombre del millón doscientos mil kenianos que sufren de VIH/SIDA. Su discurso se transmitió internacionalmente por CNN y también por diversos canales nacionales de noticias. Su mensaje fue: «¡No se rindan! Dios puede tener otros planes». ■

Iris Richard es misionera, y Sally Agallo miembro activo de La Familia Internacional en Kenia.

EL OPTIMISMO ES DE LO MÁS SALUDABLE

Está demostrado desde hace tiempo que diversos factores psicológicos pueden llevarnos a contraer enfermedades. En años recientes los médicos hacen cada día más hincapié en que lo contrario es igualmente cierto: una actitud positiva —sobre todo una actitud espiritual positiva— tiene la virtud de mejorar nuestra salud.

Nuestro organismo ha sido concebido para responder notablemente a los pensamientos positivos. Alabar a Dios por Su bondad aun cuando algo sale mal es la expresión más sublime de optimismo. Cuando lo hacemos, desencadenamos en nuestro cerebro una reacción química que nos hace sentirnos mejor físicamente. Sin embargo, eso es apenas el comienzo, pues también complacemos a Dios en espíritu al decirle que lo amamos y apreciamos Sus bendiciones a pesar de las circunstancias negativas, y que tenemos confianza en que Él las resolverá y no dejará de velar por nosotros. El rey Salomón no conocía los fundamentos científicos que avalan el principio del optimismo, pero sí entendía los resultados. Escribió: «El corazón alegre constituye buen remedio; mas el espíritu triste seca los huesos» (Proverbios 17:22). ■

ORACIÓN PARA HOY

Te doy gracias, Jesús, porque siempre hay motivos para alabarte. Aun cuando parece que todo va mal, diriges mi atención hacia algo bueno y me recreas con el pensamiento de que Tú te desvelas constantemente por mí.

Inclusive cuando sufro una enfermedad, hallo esperanza en Tus promesas de sanación y agradezco Tu compañía. Cuando estoy físicamente débil, sueles fortalecer mi espíritu a consecuencia del tiempo extra que paso contigo, por lo cual te doy las gracias. Puedo agradecerte por ello. Es siempre estimulante sentir Tu amor, pues sé que al final todo va a salir bien. ■

LAS ENFERMEDADES

¿CASTIGO? ¿O PARTE DE LOS DESIGNIOS DIVINOS?

Virginia Brandt Berg

CUANDO ME VISITÓ un viejo amigo que había sido un afamado escritor, profesor y locutor de radio, me quedé perpleja ante su estado físico. Habían pasado algunos años desde la última vez que lo había visto, y en el ínterin había sufrido varios derrames cerebrales. Caminaba con mucha dificultad y casi no podía hablar.

Después que se hubo marchado, una persona que estaba presente durante la visita comentó: «¿Qué habrá hecho para que Dios permitiera que le sucediera semejante cosa?» La pregunta me sonó un tanto dura y sentenciosa. Luego de pensarlo un rato me di cuenta de que en realidad se trata de una reacción bastante común. Cuando alguien sufre una enfermedad debilitante o un accidente, los demás suelen preguntarse qué pecado habrá cometido para que le sobrevenga semejante castigo.

Pero... ¿es necesariamente así? Me parece que en muchos casos puede encontrarse una explicación más acertada en el capítulo 9 del Evangelio de Juan: «Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron Sus discípulos, diciendo: “Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?” Respondió Jesús: “No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él”» (Juan 9:1-3).

Además, pienso que nos olvidamos de que algunos de los mayores exponentes de la fe a lo largo de la Historia fueron personajes de la talla de Job, cuya fe fue purificada en los fuegos de la aflicción. Job exclamó: «[Dios] conoce mi camino; me probará, y saldré como oro» (Job 23:10). Dios a veces se vale de las enfermedades y penurias para acercarnos a Él o lograr que nos encarrilemos si nos hemos descaminado. Sin embargo, para esos casos contamos con la siguiente promesa: «Luego [la corrección] produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella» (Hebreos 12:11, BJ).

Lo que a Dios le interesa es lo que pase *luego*. En muchos casos, *luego* se produce una gran liberación, no siempre tal como esperábamos, tal como habíamos pedido —puede que no sea una curación física—, pero si damos lugar a que se cumpla el propósito por el que Dios permitió esa penalidad, salimos fortalecidos. «En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó» (Romanos 8:37). «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28).

La gente suele imaginarse un Dios castigador, condenador, justiciero. Sin embargo, la Biblia enseña que «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Él trata a cada uno de forma muy distinta, y aunque en muchos casos Sus caminos resultan insondables (Romanos 11:33), podemos tener la seguridad de que Él lo hace todo con amor. ■

DIOS
CONOCE MI
CAMINO; ME
PROBARÁ,
Y SALDRÉ
COMO ORO.



EL AMOR EN ACCIÓN

Si tienes amor de verdad, no puedes presenciar impasiblemente una situación de necesidad. No puedes pasar con indiferencia junto al pobre hombre del camino de Jericó. Te sientes impulsado a actuar, como hizo el buen samaritano.

No basta con decir: «¡Lo siento mucho, qué pena!» La compasión debe manifestarse en hechos. Esa es la diferencia entre la lástima y la compasión: la lástima es pasiva, un sentimiento de pena nada más; la compasión, en cambio, es activa y traduce esa pena en una acción.

Pocas veces se puede manifestar amor sin una acción tangible. Aunque la necesidad de amor verdadero es de índole espiritual, debe manifestarse físicamente por medio de obras: «La fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6). «Alguno dirá: «Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras»» (Santiago 2:18).

Es difícil que una persona entienda o crea que la amas si no se lo demuestras de alguna forma visible y tangible, poniendo en práctica tus palabras y tu fe.

DAVID BRANDT BERG

UNA IMAGEN DE AMOR

RACHEL SCOTT

EN LA ÉPOCA DE JESÚS a los leprosos se los marginaba de la sociedad. Los temores y prejuicios generaban la misma actitud frente a otros enfermos o inválidos. Pero ¿cuál fue la reacción de Jesús ante esas personas? Lejos de condenarlas, rechazarlas o tenerles miedo, se compadecía de ellas, las sanaba y las aceptaba. «Todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a Él; y Él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba» (Lucas 4:40). Jesús nos dio ejemplo de cómo debemos actuar nosotros.

Los que tienen VIH o SIDA suelen albergar rabia y tristeza, deprimirse, sentirse solos, culpables y discriminados, con miedo a no ser amados o a quedar abandonados. Es preciso manifestarles amor e infundirles esperanzas. Necesitan encontrar paz con Dios. Precisan amigos como el hombre de la siguiente anécdota:

Un hombre visitó a una amiga que se estaba muriendo de SIDA. Trató de consolarla, pero parecía inútil.

—Estoy perdida —comentó la chica—. Arruiné mi vida, y se la arruiné a todos mis allegados. Me voy a ir al infierno. No hay remedio para mí.

—¿Quién es ésa? —preguntó el hombre señalando una foto enmarcada de una hermosa niña, que estaba sobre el tocador de la mujer.

A ella se le iluminó el rostro.

—Es mi hija, la única cosa hermosa de mi vida.

—¿La ayudarías si estuviera en dificultades? ¿La querrías igual, cualquiera que fuera la situación en que se hubiera metido?

—¡Por supuesto que sí —exclamó la mujer—. ¿Por qué me haces semejante pregunta?

—Porque quiero que entiendas —le respondió su amigo— que Dios tiene una foto tuya en Su tocador. ■

RACHEL SCOTT ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL Y TRABAJA DE CONSEJERA DE VÍCTIMAS DEL SIDA EN SUDÁFRICA.

Las maravillas

de nuestro

sistema inmunitario

AVECES ES INEVITABLE que nos enfermemos; pero si hacemos lo posible por seguir las normas divinas de salud, buena parte del tiempo podemos mantenernos sanos pese a los constantes embates de virus y bacterias que atacan contra nuestra salud. Ese *milagro cotidiano*, por así decirlo, se lo podemos agradecer a nuestro sistema inmunitario, creado por Dios.

El sistema inmunitario es nuestra primerísima línea de defensa en la impresionante guerra que cada día tiene lugar dentro de nuestro organismo. Al igual que un ejército moderno, nuestro mecanismo interno de defensa se compone de muchos *soldados*, cada uno de los cuales cumple funciones muy definidas. Los glóbulos blancos o leucocitos rastrean el cuerpo en busca de invasores específicos a los que han aprendido a reconocer y destruir. Algunas células *envuelven* a los invasores, otras les *disparan* y otras los *devoran*. Ciertos glóbulos blancos producen las armas necesarias, otros ejercen labores de mando, otros vigilan y algunos son portadores de mensajes. Pero todos ellos trabajan en sincronía con el objeto de protegernos. De no contar con el amparo de esos *soldados internos* que nos defienden de masivas invasiones del enemigo, nuestro lapso de supervivencia sería muy breve. Tenemos aquí una prueba más del designio divino y el sumo cuidado que puso Dios en toda Su creación.

Los investigadores han descubierto en el cerebro moléculas *mensajeras* producidas

por el sistema inmunitario y que hacen posible la *comunicación* entre uno y otro.

Eso podría explicar la estrecha relación que existe entre nuestro estado físico y nuestro estado mental y emocional. En períodos en que nos encontramos felices y libres de estrés, nuestras defensas inmunitarias se fortifican y combaten con mayor eficacia las enfermedades. Diversas investigaciones han demostrado que en individuos expuestos a estrés los índices de infección son marcadamente superiores. Hay también otras conductas que pueden ser perjudiciales para la salud: criticar, discutir, hacer comentarios sarcásticos, inventar excusas y negarse a asumir responsabilidad. ¡Hay que huir de esas actitudes como de la peste!

Por otra parte, una experiencia agradable al día puede ahorrar visitas al médico. Está demostrado que las sensaciones positivas producen por lo menos tres efectos secundarios saludables.

El placer, aun en pequeñas dosis, puede incrementar los anticuerpos y vigorizar, por tanto, durante horas el sistema inmunitario.

Los buenos sentimientos también estimulan el bazo, y con ello aumenta la producción de glóbulos rojos. Paralelamente aumenta el número de células que combaten el cáncer. Asombrosamente, esas células destruyen a las cancerosas dejando intactos los tejidos normales, algo que no se ha podido lograr a través de la quimioterapia, tratamiento incapaz de distinguir entre las células normales y las malignas.

Ciertos tipos de placer aumentan también la presencia en el cuerpo de un compuesto llamado inmunoglobulina A (IgA), que se adhiere a los organismos patógenos e incita al sistema inmunitario a destruirlos. La IgA constituye la primera línea defensiva contra resfríos y gripes.

Llevando una vida sana podemos potenciar nuestros mecanismos de defensa. Para ello son esenciales la buena alimentación, el buen sueño y el buen ejercicio.

La comida afecta notablemente nuestra salud. El sistema inmunitario es comparable a un ejército hambriento que precisa combustible de alta calidad para combatir al tope de sus posibili-

dades. Puedes reforzar tus defensas disminuyendo el consumo de azúcares y carbohidratos refinados y aumentando la ingestión de ajos, cebollas, frutas rojas, hortalizas verdes y rojas y yogur natural. Estos productos contienen antibióticos, antioxidantes, vitaminas y minerales naturales, todos ellos importantísimos para el funcionamiento adecuado del sistema inmunitario. El pescado, particularmente el que es rico en ácidos grasos omega-3, produce potentes reacciones que contribuyen a preservar el organismo de una serie de enfermedades.

La leche materna es un elemento clave de la buena alimentación de los lactantes, pues contiene muchos componentes esenciales para el desarrollo de su sistema inmunitario. Con los chiquitines no hay que olvidar tampoco una alta dosis de contacto físico y afecto.

Estudios científicos han demostrado que privar de sueño a hombres sanos entre las 3 y las 7 de la madrugada deriva en una baja promedio de 28% en la actividad de las células asesinas naturales, un indicador clave de la fortaleza del sistema inmunitario. La actividad sólo retorna a la normalidad después de una buena noche de sueño.

El ejercicio es otro modo de reforzar nuestro sistema inmunitario. La gente que hace bastante ejercicio a diario puede añadir hasta cuatro años a su esperanza de vida. El ejercicio mejora el sueño, la capacidad para hacer frente al estrés y la perspectiva de las cosas. Al mismo tiempo hace que quien lo practica se sienta mejor, con más energías, lo que contribuye a mejorar las relaciones sentimentales.

Además de esos grandes factores —la alimentación, el sueño y el ejercicio—, se ha comprobado que la risa, la luz del sol, la música melódica y la reciprocidad en el amor son beneficiosas para el organismo, en el sentido de que nos energizan y fortalecen nuestros mecanismos de defensa.

A veces las enfermedades son inevitables; no obstante, la mala salud suele ser consecuencia de nuestro descuido y negligencia. Colaboremos un poquito con Dios y con nuestro sistema inmunitario. Trabajemos en armonía con ellos. Cuidemos de nuestro organismo optando por estilos de vida saludables; ello redundará para nosotros en una mayor inmunidad y longevidad.

Por último, no nos olvidemos de dar gracias al que concibió todo esto. Lo hizo por cada uno de nosotros, porque nos ama y quiere que gocemos plenamente de la vida. «Te alabaré; porque formidables, maravillosas son Tus obras. Estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien» (Salmo 139:14). ■

CURTIS PETER VAN GORDER ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ORIENTE MEDIO.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

CURACIÓN CELESTIAL

Dios puede sanarnos.

Éxodo 15:26
Deuteronomio 7:15
Salmo 103:3
Salmo 107:20
Jeremías 30:17
Malaquías 4:2

Dios desea sanarnos.

Lamentaciones 3:33
Salmo 22:24
Hebreos 12:13

Para Dios no hay enfermedad incurable.

Jeremías 32:27
Salmo 34:19
Mateo 19:26
Marcos 9:23
Lucas 1:37

La sanación formaba parte de la misión terrenal de Jesús.

Mateo 4:23,24
Mateo 9:35
Mateo 12:15

El poder sanador de Jesús sigue vigente hoy en día.

Malaquías 3:6
Marcos 16:17,18
Santiago 5:14,15
Hebreos 13:8

TERMINA LA CARRERA

NOS PUEDE SERVIR DE ESTÍMULO el siguiente episodio de la vida de John Stephen Akhwari, narrado por Bud Greenspan en su libro *100 Greatest Moments in Olympic History*.

Cuando el ganador cruzó la línea de llegada en la maratón de la Olimpiada de México de 1968, los organizadores pensaron que la carrera había concluido. Pero una hora más tarde, John Stephen Akhwari, un maratonista de Tanzania, entró al estadio. Ensangrentado y vendado a raíz de una caída, iba cojeando dolorosamente.

Cuando dio la vuelta a la pista, la multitud comenzó a ovacionarlo. Y en el momento en que cruzó la meta, por la aclamación de la multitud uno habría pensado que había sido el ganador.

Más tarde, cuando le preguntaron por qué no abandonó antes la competencia, respondió:

—Es que usted no entiende. Mi país no me envió a México a empezar la carrera, sino a terminarla.

Cuando la vida te deje maltrecho y golpeado, sigue adelante. Tu Creador no te envió aquí a empezar la carrera, sino a terminarla.

Sigue adelante a cualquier costo. Por muchas magulladuras que tengas, sigue luchando. Por muchas veces que tropieces y caigas, sigue corriendo. Tus heridas, golpes, rasguños y cicatrices son medallas de honor a los ojos del Señor. Constituyen señales de que tuviste la fe, el valor, la determinación y el empeño para seguir adelante, por difícil que fuera. Puede que hayas caído, pero te negaste a abandonar.

Al final de la carrera, podrás decir al igual que el apóstol Pablo: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día» (2 Timoteo 4:7,8). ■

Si aún no conoces a Aquel que tiene el poder de hacerte feliz y sanarte física, mental y espiritualmente, reza la siguiente oración para invitar a Jesús a vivir en tu corazón y formar parte de tu vida.

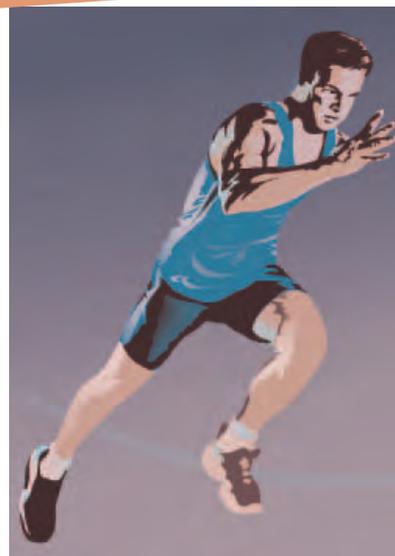
Jesús, gracias por dar la vida por mí. Te ruego que me perdones todo lo malo que he hecho. Entra en mi corazón y concédeme el don de la vida eterna. Llévame a conocer mejor Tu amor y lléname de Tu alegría. Amén.

DE LA DERROTA AL TRIUNFO

Dios permite que tengamos enfermedades, conflictos y problemas para poner a prueba y fortalecer nuestra fe, y ayudarnos a convertir lo que parecen derrotas en victorias aún mayores. A veces nos suceden *desgracias* simplemente para mantenernos aferrados al Señor. En otros casos, para acercarnos unos a otros. Otras veces, para mantenernos humildes. Otras, para que oremos. Así pues, hasta las dificultades y tribulaciones nos hacen bien si damos lugar a que se cumpla lo que Dios se propone por medio de ellas.

Para los que aman a Dios, todas las cosas redundan en bien (Romanos 8:28). Dios nunca permitirá que a ti —que eres hijo Suyo y lo amas— te suceda algo que no sea para tu bien. Por eso, aunque «muchas son las aflicciones del justo» (Salmo 34:19), por muchas que sean y cualquiera que sea su índole, el Señor te librará de todas ellas, ¡de todas! La próxima vez que te veas atribulado por una enfermedad o alguna otra dificultad, confía en que Dios te ayudará, conforme a Su Palabra.

DAVID BRANDT BERG



LA TECNOLOGÍA NECESARIA para instaurar el sistema económico del futuro —la «marca de la Bestia»— avanza vertiginosamente. Lo mismo vale para la campaña mediática que contribuirá a establecerlo. Al debatir los gobiernos de centenares de países el uso de microcircuitos en las cédulas nacionales de identidad y pasaportes, al hacerse cada vez más generalizado el uso comercial de chips RFID —identificación por radiofrecuencia— y al tornarse más frecuentes los implantes de microchips en animales domésticos e incluso en seres humanos, surgen nuevos interrogantes y se reabren antiguos debates. La pregunta de este mes:

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES sobre el Tiempo del Fin

Joseph Candel

¿Las cédulas nacionales de identidad podrían convertirse en la temida *marca de la Bestia*?

Desde el comienzo de la llamada *guerra contra el terrorismo*, se han intensificado las propuestas para la adopción de la cédula de identidad en países que hasta ahora carecen de tal documento. El parlamento británico debate una ley por la que en 2008 será obligatorio sacar cédula de identidad en el Reino Unido. Los legisladores estadounidenses y de otros países podrían seguir el mismo derrotero. Las cédulas de identidad no serán la marca de la Bestia propiamente dicha, pues la Biblia dice sin ambages que sus portadores la llevarán en la mano derecha o en la frente:

«[El gobierno del Anticristo] hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis» (Apocalipsis 13:16-18).

Sin embargo, las cédulas de identidad allanan el camino. Cuanto más se acostumbra la gente a las nuevas normas, restricciones o condiciones que imponen los gobiernos, más las toleran, y a la larga se acostumbran a ellas. Lo que inicialmente resulta impensable y genera alaridos de protesta, después comienza a ser aceptado por unos pocos, luego por muchos, y al final por la mayoría. El Anticristo y sus agentes aprovecharán la obligatoriedad de portar cédula de identidad para preparar al mundo para lo siguiente.

Una vez que las cédulas nacionales de identidad se vuelvan la norma en países en los que hasta ahora eran desconocidas, el paso siguiente será convencer al público de las bondades de los implantes de microchips y sus ventajas sobre las tarjetas de plástico —comodidad, seguridad, economía, posibilidad de hacer más efectivo el cumplimiento de la ley, etc.— y de que es hora de pasarse al Verichip¹ o algo similar. Una vez que el régimen del Anticristo declare obligatoria la marca de la Bestia (Daniel 11:31; Mateo 24:15,21; Apocalipsis 13:14-18), ¿qué mejor medio habrá de imponerla que los implantes de microchips? Nuestro sistema económico actual basado en el papel moneda se habrá vuelto arcaico, pues por medio de su chip cada persona podrá acceder electrónicamente a sus cuentas y registros contables.

Que sepamos, las cédulas nacionales de identidad no se convertirán en la marca de la Bestia, ni tampoco el Verichip. Sin embargo, le allanan el camino. ■

¹ El Verichip^{MR} es un microchip inyectable del tamaño de un grano de arroz. Se trata de un producto de la empresa estadounidense Applied Digital Solutions y ya se emplea para conocer el paradero de animales domésticos, reos, pacientes de Alzheimer y niños. Las fuerzas armadas y policiales y los bomberos de algunos países lo usan como medio de identificación. También se usa en sustitución del carnet de socio en modernos clubes nocturnos y centros de veraneo. Estas aplicaciones se ampliarán, y no cabe duda de que se descubrirán otras.



DE JESÚS, CON CARIÑO

Auxilio constante

No quiero que veas esta enfermedad como una prueba de la que Yo me desentiendo, en la que te abandono a tu suerte. En realidad nunca ha sido así, y ciertamente no deseo que en esta ocasión sea de esa manera.

Se me parte el corazón al verte sufrir, no solo dolor físico, sino también la consiguiente lucha mental y espiritual, la sensación de impotencia, de angustia y de desesperación. Créeme, nunca permitiré que a ti, que me amas, te ocurra algo que de algún modo no redunde en tu bien. Aférrate a esa promesa.

Te acompaño en todo momento. Sé que sufres, y eso me conmueve. Estoy aquí mismo, a tu lado. En realidad, aún más cerca: te envuelvo, cubro todos los puntos dolorosos y te calmo como solamente Yo sé hacerlo. No te dejaré ni por un instante.

En los momentos de dolor, te concedo grato alivio. En los momentos de angustia, soy tu consolador. Cuando te asaltan las dudas, sopro sobre tu rescoldo de fe. En tu hora más oscura, soy la luz que te guía. En los momentos de tormento, soy tu refugio. Cuando sientas un vacío por dentro, lo seré todo para ti.